

LA GATA SOBRE EL TEJADO DE ZINC

Estaba sentada en un banco de madera bajo un viejo pino en Central Park. Esperaba la llamada de su contacto en una de las familias italianas de la ciudad, ellos casi nunca tenían contacto con los Yakuza, y eso le aportaba bastante seguridad. Los únicos tratos que había tenido con los japoneses en un año habían sido por trabajo; y claro, después de su encuentro no habían podido ir a decirle al consejo de Tokio que ella estaba en Nueva York.

Se rió para sí, observó los patos de la laguna cercana que comían pan duro en la orilla. Estaría bien reencarnarse en un pato, todo el día nadando, y sin más preocupaciones que la limpieza de tus plumas y los casuales cazadores. A lo mejor se parecía más a los patos de lo que pensaba... Sonó el móvil en el bolsillo derecho de su chaqueta de Dior.

- Diga.

- Tengo un trabajo para ti, - contestó una voz masculina desde el otro lado del teléfono – Ven esta noche al “Domus Pompei” ya sabes dónde es. Allí pregunta por Puzzo, él te explicará.
- Ok.

Volvió a guardar el móvil y siguió allí, observando. A la hora de comer se acercó a su japonés favorito. Era como muchos bares de Tokio, una barra con sus banquetas y tras ella, el camarero y el cocinero. Pidió té y shashimi de salmón. Sólo iba allí antes de un trabajo, cabía la posibilidad de no volver a probar el pescado.

Llovía de nuevo, era extraño. Recordaba la lluvia como algo que siempre limpiaba la ciudad, recuerdo que se grabó en su mente cuando era una niña. Pero en Nueva York, en la Gran Manzana, la lluvia no limpiaba nada; sólo conseguía que la suciedad se notara más, que fuera más difícil caminar por la calle y que los neoyorquinos se pusieran de más mal humor todavía.

Llegó a su casa, un amplio piso en la séptima avenida, un político se lo regaló por un trabajo sumamente difícil. Constaba de seis habitaciones, tres baños, dos salones, un comedor y una amplísima cocina. Pero ella sólo utilizaba un salón, un dormitorio, un baño y la cocina. El resto lo compartía con más de treinta felinos que, en el año que llevaba viviendo en la ciudad, había encontrado abandonados. La mayoría de la gente pensaba que estaría loca por tener tantos animales y tan pocos amigos. Pensarían que sería muy sucio vivir con todos ellos; pero la verdad es que era muy limpio, hacía limpieza dos veces por semana, y tenía una habitación para las cajas de arena. Y ellos, se decía, también merecen vivir con dignidad. Ella sabía que era una manera de acallar su conciencia, que las personas te escuchaban, se peleaban contigo... y los animales de compañía no. Pero ¿cómo tener la osadía de relacionarse demasiado con ellos? ¿Cómo poner vidas en peligro sin razón? Por eso no lo hacía, no quería que muriera más gente de la necesaria a su alrededor. Por desgracia, eso lo había aprendido con sangre.

Se quitó la ropa y se metió en la ducha; el agua caliente acariciaba la suave piel de la joven, y su mente se relajaba con el sonido del agua cayendo sobre ella. Salió de la

bañera y se secó. Se peinó la larga cabellera negra como el azabache y lisa que denotaba la sangre japonesa que le corría por las venas, y se puso crema hidratante sobre la cara, donde sus pecas; sus ojos verdes y sus carnosos labios decían que también tenía sangre occidental.

Abrió el armario tardando en decidirse que ropa ponerse. Todos los trajes de chaquetas eran negros, algunos con raya diplomática, otros sin ella, unos tenían falda, la mayoría pantalón. Y las botas negras eran todas iguales, planas (ella era muy alta de por sí), sin huellas, caminara por donde caminara, las suelas se adaptaban a la perfección al suelo y no hacían nada de ruido. Y las camisas blancas y relucientes. En esa parte del armario ya había más variedad, muchas eran simples, con sus botones, y su cuello para corbatas; unas, por el contrario, sólo tenían una cremallera en el lado izquierdo, mientras que tenían un largo escote delantero, otras en barca, algunas eran con lentejuelas blancas... Y entre todos los conjuntos, uno que destacaba sobre todos los demás: Un traje de chaqueta nácar, con raya diplomática gris oscura, y la camisa del mismo color con unos pequeños volantes que rodeaban el escote en forma de pico. Los zapatos que lo acompañaban no eran las botas expresamente diseñadas para ella, eran unas bonitas sandalias de cebra, con tiras, que resaltaban las piernas perfectas de la joven. La falda quedaba unos centímetros más arriba de la rodilla, enseñando lo justo, y haciendo que el interlocutor que estuviera en ese momento enfrente de ella, se imaginara qué habría más arriba.

Se decidió por el traje blanco, “Vamos a variar – se dijo – a los italianos les encanta los trajes de gánsters” Se vistió, parecía que la ropa hubiera sido hecha expresamente para ella; todo le quedaba en el sitio perfecto, ninguna arruga deformaba la figura esbelta de Hanako Kitano, su pelo caía en cascada sobre sus hombros, sus ojos

verdes estaban pintados con un toque negro en los párpados y marfil bajo las cejas, y sus labios sonreían rojos como la sangre. Antes de colocarse la chaqueta, se puso las dos sobaqueras* que siempre la acompañaban, y en ellas las dos Berettas 96, con sus correspondientes silenciadores. Y en la cara interior de su muslo izquierdo, una pequeña Glock, por si tuviera que defenderse.

Bajó en el ascensor, que se paró en el tercer piso. Oculta tras sus gafas de sol negras, vio entrar a una señora mayor, de nombre Verónica Smith, con la que no se llevaba muy bien.

- Buenos días Srta. Watson...- no era un nombre falso muy original, pensaba, pero daba el pego...- Sus gatos han despertado a mi Wally de la siesta, ¿Sabe? – Su “Wally” no era más que un Yorkshire Terrier que era igual o peor que su dueña.
- Señora, mis gatos no hacen ruido, y si lo hicieran no pasarían cuatro pisos sin hacer ruido hasta su casa – dijo fríamente, si no fuera porque la zona donde estaba su segundo piso franco le encantaba, lo vendía y se iba al campo.
- Sabe perfectamente que eso no es así, mi pobre Wally esta estresado desde que usted está aquí con esos sucios gatos. – Esa mujer ponía a prueba su paciencia, de un modo tal, que había llegado a pensar, en cómo le sentaría a la Sra. Smith que su “Wally” acabara ahogado en las lavadoras del sótano...
- Me bajo aquí, buenas noches.

Ya no llovía, incluso el abrigo de paño negro que había cogido para deambular por las frías calles de Nueva York daba la sensación de que sobraba. Dirigió sus pasos hasta la mitad de la séptima avenida. Y allí cogió el metro hasta una estación al Norte del Soho.

Paseó por las calles atestadas de gente de todas clases, de todas las generaciones y cualquier nacionalidad. Le encantaba el Soho, era un de los pocos sitios donde no se sentía observada; era relativamente peligroso acabar en ciertas calles, pero normalmente nadie se atrevía a asaltarla. En las calles por las que decidió echar a andar había salones de té, cafeterías literarias, salas de conciertos, discotecas, pubs góticos, salas de fiesta para la “jet set”, cines, restaurantes... Su primo, hace unos dos años, lo había definido como “El mundo en unas pocas manzanas”.

Le hacía gracia, pues había sido su primo quien le había dado la idea de venir a Nueva York. Cómo habían cambiado las cosas... Y cómo había cambiado ella.

Siguió caminando pensativa y paró en un bonito restaurante, con parras y frescos en las paredes, y cuyo cartel de madera reconocía como “Domus Pompei”.

Entró, se quitó el abrigo y lo dejó en el guardarropa. La gente la observaba con curiosidad, como siempre hacía cuando ella entraba en algún sitio. Se acercó a la barra y preguntó por Puzzo, el nombre que su contacto le había transmitido por teléfono. El hombre que la atendió, robusto, con cara bonachona y barba, muy parecido al amigo árabe de Indiana Jones, se quedó mirándola un buen rato, antes de contestar con un “Sígame”. Pasó por una puerta que rezaba el cartel de “Privado”, allí, el camarero se fue por donde había venido dejándola a solas con un hombre bastante apuesto.

Rondaba los treinta y largos años, su pelo era coto y castaño. Sus ojos color miel, la miraban curiosos y afables, y su sonrisa perfecta le daba la bienvenida. Era un poco más alto que ella, y llevaba un elegante traje de chaqueta de color gris oscuro, combinado con una camisa color vino.

- Buenas noches, Kitano. ¿Cómo te va? – dijo amigablemente el joven – hacía tiempo que no te veía por aquí.

- Sí, es cierto, me va bien gracias. Ya sabes... – no le gustaba trabar demasiada amistad con la gente que trabajaba para la persona que la contrataba; podía dar la casualidad que tuviera que eliminar a alguno de ellos.
- ¡Ay! Ya me había hecho ilusiones de tener una conversación de más de un minuto contigo... Lo que tienes de guapa lo tienes de antipática.- Seguía sonriendo. Le gustaría poder hablar con él, quedar para tomar un café, reírse de todo... Pero ésa no era la vida que ella había elegido, y tenía que ser consecuente.
- Sí, bueno, no me pagan para ser simpática contigo, Pietro.
- Vale, venga, déjame las armas.- Hanako le entregó sólo las dos Berettas.- Bien, ahora, pasa, Puzzo es el moreno que encontrarás en la primera puerta a la derecha. Él te llevara al despacho del Don, y dentro de un rato entrará Él a hablarte del trabajo...
- ¿Él? Qué ha pasado para que Él... ¿Trate conmigo en persona?- Eso le parecía muy extraño, sólo había visto a Cardone a solas cuando le había mandado a matar a su propio sobrino, al cual habían pillado dándole un chivatazo al FBI.
- No lo sé ni me importa. Ala, pasa.

Caminó unos dos minutos por unas estrechas escaleras que bajaban, estaban bien iluminadas, en las paredes colgaban fotos antiguas de los miembros de la familia que ya no estaban entre ellos, antiguos Dones, chicos jóvenes muertos en redadas, guardaespaldas que habían perdido la vida protegiendo a su jefe... incluso aparecían los miembros que habían sido eliminados por ellos mismos, los chivatos, los que querían salir de la familia... Fuera lo que fuera lo que hiciste en tu vida, si estabas muerto tu familia te colgaba en el pasillo de las escaleras. Incluso vio al joven sobrino de Cardone,

uno de las últimas adquisiciones en el pasillo. Era un chico guapo, un poco más flaco de lo normal, tenía los ojos oscuros como su tío, pero iba vestido con un estilo rapero que, como bien sabía Kitano, a Cardone le ponía de los nervios. El chico se había metido en la droga, hacía de camello para un traficante jamaicano. Aunque eso molestaba en parte a su tío, lo dejaba estar, siempre había sido uno de sus favoritos; pero todo cambió cuando la policía lo detuvo, y él hizo un trato con ellos: menos condena por información de la mafia italiana de la zona. Ahí Cardone no pudo hacer nada por su sobrino, odiaba a los soplonos y su sobrino no iba a ser especial por que tuviera su sangre. Llamó a Kitano y en menos de veinticuatro horas, uno de los testigos que el fiscal Smith necesitaba para incriminar a Cardone, moría de un tiro en la sien en la habitación del hotel, donde estaba custodiado por el FBI. Nadie vio al asesino, nadie lo oyó. Lo encontraron muerto a la mañana siguiente, el asesino lo había hecho desde dentro, sin que los agentes se dieran cuenta de nada.

Llegó a la enorme puerta de roble que precedía el despacho del capo italiano. Éstas estaban labradas, y en sus hojas se veían flores, vides, un Dionisio,.. Los pomos eran de plata, datados del siglo diecisiete, y las hojas habían sido traídas desde la mismísima Nápoles en el siglo diecinueve. Abrió la de la derecha y entró en un amplio despacho, ricamente decorado. En la pared Norte descansaba sobre una hermosa alfombra burdeos, un espléndido escritorio, con un sillón de piel presidiéndolo, y dos sillas, del mismo material que el primero, en el lado contrario. En la pared Norte, justo encima del sillón que presidía la mesa, había un gran retrato antiguo. Se veía a un hombre de profundos ojos castaños, con un bigote rizado, expresión severa, bombín y un bastón de cabeza de marfil que Kitano ya conocía. EL hombre del retrato la miraba, sentado en un

sillón muy parecido al que estaba debajo de su marco, su bigote era ya gris, y sus manos arrugadas enseñaban a quien contemplara el cuadro, la vejez de aquel recio caballero.

Kitano no podía dejar de mirar el cuadro, había tantos detalles, tantas pistas sobre aquel personaje... Estaba tan absorta en la contemplación de la obra que no se percató de que la puerta que había a sus espaldas se había abierto y había entrado alguien hasta que esa persona no le habló a muy poca distancia de su oído; haciendo que Kitano se sobresaltara, y agarrara al desconocido por la muñeca, haciéndole una llave detrás de la espalda.

- Ey, ey, ey! ¡Fiera! Suéltame – dijo el hombre mientras intentaba soltarse del “abrazo” de la mujer – ¡Ya vale! ¡Siento haberte asustado! Como vi que pasabas de mí, en el salón, te seguí hasta el despacho, ¡no es culpa mía que se te hayan olvidado los buenos modales! – Automáticamente, Hanako soltó a su presa, le habían dado instrucciones precisas de hablar antes que nada con un tal Puzzo, y se le había pasado por completo. Se sintió estúpida, igual que en sus periodos de aprendizaje.
- Perdón, lo siento mucho, - dijo haciéndole, lo que a Puzzo le pareció una reverencia, de esas que se le hacen a los reyes- se me pasó por alto, me dirigí directamente al despacho, perdóneme.
- Ey, no pasa nada, esto es más informal que tu país; Bien, siéntate por favor. ¿Quieres algo de beber? ¿Whisky? ¿Ginebra? ¿Limoncello? – Dijo mientras observaba las botellas que había en el suntuoso mueble bar de madera, a la izquierda del escritorio.
- No, gracias, no bebo cuando estoy trabajando.- Se sentó en un sofá de cuero negro, cómodo, aunque algo pegajoso, en la zona de sus piernas. “Debería haberme puesto medias” pensó.

- Muy responsable por su parte.- Se sirvió una copa de Whisky con hielo- Yo no lo soy tanto. Dígame, ¿Mucho trabajo últimamente?- y se sentó en uno de los sillones de una plaza que flanqueaban el sofá de mayor tamaño.
- No, no suele haber mucho nunca.
- Vaya, eso no le hará gracia, ¿verdad?- su mirada denotaba simpatía, y actitud de acercamiento, pero en el fondo se le notaba que estaba sondeando a Kitano, y ella se dio cuenta.
- Ni me gusta ni me deja de gustar; la muerte nunca es bienvenida, ni siquiera por el verdugo que la provoca. Es un trabajo.- Lo miró a los ojos, éstos eran de un gris oscuro, casi negro. Sus pestañas eran largas y pobladas y su nariz, quizá un poco grande, parecía haber sido tallada en la piedra.
- Vaya, no pensaba que los asesinos tuvieran conciencia. Creo que no es una habilidad muy apreciada en el mundillo.- su tono de voz estaba cambiando de simpático a socarrón, muy lentamente, casi sin apreciarse el cambio.
- Los asesinos no tienen conciencia; las personas sí.

La sonrisa desapareció por un instante, los ojos de ítalamericano clamaron al cielo unos segundos y cuando volvió a fijar la mirada en Kitano la sonrisa había vuelto.

- No la entiendo.
- Una leona no siente remordimientos a la hora de cazar, de matar, aunque su presa sea una cría. No siente pena, ni alegría. Pero si otro depredador mata a sus crías, sentirá pena, si sus crías están en peligro, las protegerá con su propia vida.
- Ah, vaya, ¿usted se compara con una leona?
- No, no me comparo con una leona, simplemente le explico que lo que tu hagas para sobrevivir no ocupa todo tu ser, sólo es una parte.

- Esta bien eso, me quiere decir, que la “asesina” que lleva dentro, está disgustada porque no tiene mucho trabajo, mientras que la mujer que es se alegra de no tener que poner a nadie más en su lista de eliminados, ¿no es así?
- No, no es así. Ahora, ¿me puede explicar porqué me está haciendo esta especie de entrevista de trabajo?- Estaba cansada de que aquel hombre la mirara de esa manera, escrutándola, midiendo su fuerza.
- Vaya, Pietro tenía razón. No le gusta mantener conversaciones muy largas, ¿verdad?- Ella le fulminó con la mirada, lo que más odiaba de trabajar con los italianos era a Pietro; a ése engreído que aprovechaba para intentar ligársela siempre que la veía. – Ya, es un gilipollas, pero hace bien su trabajo, y moriría por el Señor Cardone. Que por cierto, debería haber bajado ya...

En ese momento, la vieja puerta de roble se volvió a abrir, entrando en la estancia un hombre que se parecía mucho al del cuadro, bastante viejo, se apoyaba en el mismo bastón que, hace ya muchos años, se apoyaban su padre y su abuelo. Observó por un instante la habitación y se dirigió al sillón que presidía su escritorio, justo debajo del retrato. Hizo una seña con la mano y Puzzo y Kitano dejaron sus cómodos sitios en el lado izquierdo de la estancia y se sentaron en las dos sillas del escritorio.

- Kitano, amiga mía, ¿Cómo te va? Hace casi un año que no te veía. – Su voz parecía cansada, pero se esforzaba por parecer amable y un buen anfitrión.
- Bien, gracias, Señor Cardone. ¿Y usted?- A Hanako le gustaba el señor Cardone, su aspecto, al contrario que la expresión del hombre del cuadro, era afable, parecía un

abuelo de película. Aunque cuando se enfadara fuera uno de los hombres más peligrosos de Nueva York, más incluso que Tratchakov, el jefe ruso.

- Harto, querida, harto. En estos últimos años la gente no respeta los códigos, no tienen honor... Antes la gente tenía ética. Bueno, bueno, creo que me estoy yendo por las ramas... Haced pasar al nuevo – dijo por un telefonillo interior.

Al momento tres hombres que Kitano no conocía entraron al despacho. El de en medio tenía miedo, lo podía oler desde su silla. Aún así, su mirada demostraba determinación, seguridad. No estaba allí porque no quisiera, parecía más bien que se estaba preguntando si estaba bien estar allí. Llevaba una camisa azul cielo de botones remangada a la altura del codo, unos vaqueros oscuros, y unos castellanos marrones a juego con su cinturón. Iba un poco despeinado, estaba afeitado exceptuando una cuidada perilla y algunos pelillos que se habían escapado de la maquinilla.

El joven miró al señor Cardone, luego a Puzzo y luego, luego pegó un bote, y en su rostro apareció una sombra de terror justo en el momento en que sus ojos se posaban en el rostro de Kitano.

¿Lo conocía? No lo recordaba de nada, en sus trabajos nunca había dejado testigos vivos, y las leyendas que circulaban alrededor de su persona la tenían como un hombre. La mirada del caballero se calmó de nuevo y la fijó en la mirada del Señor Cardone.

- Ah... Aquí estás Palucci. Bueno, sé que es un poco abusivo encargarte un trabajo justo el primer día; sobre todo uno tan difícil. Pero por eso, te acompañaré Kitano. – No podía creer lo que había oído, ella con un compañero... No, no, debía de

haber oído mal.- Sí, Kitano, me has oído perfectamente – dijo el Señor Cardone cuando vio que Hanako iba a abrir la boca- El señor Palucci, es un excelente relaciones públicas además de experto en sistemas de seguridad; Y para este trabajo, necesito a gente preparada y seria, que no vaya a perder los nervios por cualquier cosa. Y ninguno de los dos tenéis ningún tipo de atadura para con esta familia, al menos todavía- dijo dirigiéndose con la mirada a Jake Palucci.- y eso es muy importante. – Sacó del bolsillo interior de la chaqueta una fotografía, era una ampliación de unos treinta centímetros de alto y unos veinticinco de largo. En ella aparecía una niña muy guapa, con el pelo rizado castaño, ojos marrones, nariz menuda y labios carnosos y de un fuerte color rosa. Estaba sentada en un columpio y la luz del sol se reflejaba en su rostro y en su cabello. Estaba en un parque infantil, donde se veían otros niños, toboganes... Etc. – Ésta es mi nieta Leonor, en Febrero cumplirá cinco años, algún cabrón irrespetuoso se la ha llevado. No han llamado, no han pedido rescate, nada. Mi nieta lleva más de cuarenta y ocho horas desaparecida. Debido a nuestra situación legal, no podemos llamar a la policía y mi hija lleva un día con calmantes, porque cuando despierta grita que quiere matar a su padre. Para ponerlos en antecedentes, mi hija no se ha metido nunca en asuntos de la familia; y yo se lo he respetado siempre. Ha vivido totalmente separada de... nuestros negocios, y hasta el FBI la ha dejado tranquila. Mi nieta va al “bank street College”, allí fue donde la vieron por última vez. Normalmente los guardaespaldas de mi hija son los encargados de ir a buscarla. Por culpa de un atasco llegaron cinco minutos tarde, pero Leonor ya no estaba. Las profesoras y la encargada de la escuela no saben lo que ha pasado.- Se aclaró la garganta con agua y siguió hablando – Creo que ha podido ser cualquiera; en esta ciudad hay mucha gente que me quiere ver muerto, lo que no me gusta es la manera de vengarse que han tenido. Yo no voy matando a sus

hijos ni secuestrándolos... Os diré los grupos mafiosos que tienen todas las papeletas: por un lado están los simpáticos Yakuza, discúlpame Kitano – dijo mirándola a los ojos.- pero ya sabes que no nos llevamos nada bien, luego están los rusos... Puede que los jamaicanos... Y por supuesto los irlandeses, con los que estamos en guerra desde que se pusieron a hacer sus negocios en nuestros territorios, allá por los años veinte. También puede ser un loco, quien sabe. Quiero que investiguéis todas las posibilidades; y sea quien sea el que haya hecho esto, quiero que lo traigáis con vida.

- ¿Puedo decir una cosa señor Cardone? – Dijo Kitano, muy seria, no sabía como se iba a tomar el capo la pregunta. Ni siquiera sabía si debía hacerla, pero no estaba muy dispuesta a tener a un compañero en un asesinato, pero ¿Una investigación? ¿Qué pintaba ella en una investigación?
- Por supuesto querida, pregunta.
- ¿Por qué me ha elegido a mí para esto? Yo no me dedico a investigar gran cosa, ya lo sabe.
- Se rió con ganas, con la boca bien abierta – Por eso, Kitano; sé que a ti no te hace mucha gracia tu trabajo, sé que eres una profesional, rápida y limpia; pasas desapercibida con facilidad y sé que si te digo que lo quiero vivo, me lo traerás vivo. Sé que si te digo que no mates a nadie que no ponga tu vida en inminente peligro no lo harás. Por eso.
- ¿Y por qué un compañero? Sabe que no me gusta la compañía – ni siquiera se dignó a mirar a Jake Palucci, que la observaba todavía con miedo y con un sentimiento de sorpresa en los ojos.

- Por que es necesario que vaya, esto es algo serio. Si te pasa algo a ti, él puede informarnos, y viceversa. No creo que una persona sola pueda abarcarlo todo, además, en este trabajo estás pidiendo muchas explicaciones, ¿no crees?
- Lo siento señor, simplemente me parece una situación excepcional.
- Y lo es. Es mi nieta la que ha desaparecido y ni siquiera hay una pista del porqué. ¿Alguno de los dos tiene algo más que añadir a ésta cuestión?- El señor Cardone paseaba una mirada desafiante entre los ojos de Kitano y los de Palucci. La vida de mi nieta está en peligro, si le pasara algo mi hija no me lo perdonaría nunca.
- Sí señor – contestó tímidamente Palucci, era la primera vez desde que entraba en la sala que decía algo. Estaba nervioso y confuso, sabía que la mujer que estaba a su lado lo había reconocido ¿Porqué no daba señales de ello? Otra cuestión que le rondaba por la cabeza era que ella era una asesina, que su nuevo “jefe” lo había contratado para que investigara la desaparición de su nieta. No tenía ningún sentido, ¿cómo un hombre como él, con dinero, poder e influencia contrataba a dos extraños para un asunto tan delicado como aquel? - ¿Porqué a nosotros? Es un asunto muy delicado, sé que antes dijo que nosotros tendríamos calma, que somos... Profesionales. Pero no nos conoce lo suficiente, no sabe si somos de confianza, ¿no debería hacerlo alguien que disfrute totalmente de ella?
- Ésa, es una cuestión que me gustaría que entendierais de una vez. El FBI me vigila, oficialmente soy un viejo hombre de negocios que le gusta estar mucho tiempo en el bar que creó su padre. Pero desde hace varios años están intentando encarcelarme por cualquier motivo; si llamáramos a la policía y resulta que alguna mafia ha secuestrado a Leonor por un ajuste de cuentas con la familia, no sólo me encerrarán a mí; si no a la mayoría de los que estamos aquí. Y si mando a cualquiera de mis hombres de confianza,

ya sea el recadero o Puzzo, a investigar el FBI se puede oler algo. Por lo cual debía encontrar a alguien que no conozca pero pueda confiar. Una de las personas, Kitano, ha trabajado para mí en varias ocasiones, pero sólo me ha visto a solas dos veces contando ésta; si se le paga lo que pide, quizá un poco más al no ser un petición_tradicional, sé que cumplirá con su cometido eficientemente. Y aunque no lo creas Palucci, sé de tu pasado. Y, además de pagarte unos diez mil dólares por el trabajo, podríamos darle vía libre a ese Jimmy Carter y a sus amigos; además de eso he de decir que si la señora Piamonte confía en ti y te quiere como a un hijo yo también confío. ¿Algo más? – Ahora fue Hanako quien habló, miraba a Palucci con curiosidad. Tendría que trabajar con una persona que huía de un lugar, probablemente de su casa, “Por lo menos, -pensó- tenemos algo en común”

- Señor Cardone, entiendo su situación, y el porqué nos ha elegido. Será muy difícil que el FBI nos relacione, lo mejor sería no volver aquí hasta que no hayamos resuelto el asunto. Lo que vayamos averiguando y lo que necesite se lo podemos comunicar mediante Puzzo, si no me equivoco él vivía antes en Chicago – Puzzo la miró sorprendido, pensando en cómo la mujer había conseguido esa información – y probablemente el FBI todavía no lo haya relacionado directamente con usted. Otro tema que quería comentarle era que debería pensar qué motivos exactos puede tener cada una de las mafias de las que sospechamos en secuestrar a su nieta y llevar más de cuarenta y ocho horas sin llamar, o sin que aparezca el cadáver.- en la mente de Kitano ya no existía otra cosa que no fuera el trabajo asignado. Aunque no fuera la eliminación de alguien, el encargo era muy parecido; se tenía que poner en la piel de las personas que iban delante de ella, los secuestradores, y las personas que tendría detrás, la policía. Era bastante difícil, pero lo conseguiría.

- Muy bien, y lo que me gustaría saber ahora, y estoy seguro de que a Puzzo también le interesa, es cómo ha averiguado de dónde ha venido mi sobrino, cómo sabe que el FBI todavía no lo ha relacionado conmigo, y dónde quiere el pago. – La última frase la dijo divertido, Hanako nunca dejaba de sorprenderlo.
- Al señor Puzzo – dijo con una amplia sonrisa – lo reconocí a los pocos minutos de hablar con él. Me llamaba de parte de uno de los Dones de Chicago para encargarme trabajos con personas que venían a Nueva York, para así no poderles incriminar. Su voz es muy característica, por ese tono socarrón y chulesco que le suele acompañar. De cómo sé que el FBI no lo ha fichado todavía, es porque la familia a la que servía Puzzo, con su permiso – dijo inclinando la cabeza hacia la parte derecha del escritorio, junto al estuche de habanos y al teléfono, donde en ese momento se apoyaba con una mano el ítaloamericano – nunca ha sido demasiado importante para las autoridades, ha conseguido no meterse en la droga, ha sido muy discreta con todas sus acciones y la policía nunca ha hecho una redada en ninguna de sus casas y locales ¿Me equivoco? – volvió a mirar a Puzzo, éste le dirigía una mirada divertida, como si todo aquel juego le fuera muy familiar.
- No, no se equivoca Señorita Kitano – contestó el interpelado – La familia para que trabajé en Chicago es la misma para la que trabajo ahora, la de mi tío. No tengo el apellido Cardone porque su sangre me viene de línea materna, por lo que casi siempre he conseguido despistar a la policía. Y, sinceramente – y brotó una enorme sonrisa de los carnosos labios que al parecer, junto con los ojos, eran distintivos de la familia Cardone – me halaga muchísimo que una mujer como usted me recuerde tan bien, sobre todo porque hacía unos tres meses que no hablábamos.

- Uno de los requisitos básicos para esta profesión, Señor Puzzo, es tener una memoria fotográfica, eidética. Una no se puede permitir olvidar una voz, una cara, un pañuelo o algún detalle que pueda llevar a la policía a fijarse en mí. Si esto no es así, el menor problema al que tendría que enfrentarme es a un juicio.
- Me encanta, Señor Cardone, tiene un buen ojo al elegir a las personas que trabajan para usted. Bien, si no tienen nada más que añadir (y espero que así sea) Acompañenme a mi despacho, mucho más sencillo que éste, y hablaremos sobre su sueldo, Señorita Kitano, sobre los recursos que tienen y esos detalles que al Señor Cardone hacen que le duela la cabeza. Si son tan amables de seguirme, Señor Cardone...
- Señor Cardone – dijo Hanako, haciéndole una reverencia.
- Señor Cardone... – dijo también Palucci.

Subieron por las escaleras que llevaban al despacho, con todas aquellas fotos que a Jake le parecían demasiado macabras para mirarlas. Sabía que su padre, allá en Chicago, estaría colgado en una de aquellas escaleras. Estaba asustado, lo reconocía. Esto no era como estar con Jimmy en su garito, jugando a las cartas y riéndose. Esto era la primera división, aquí o te mojabas del todo o acababas muy mal. “Y para colmo, -pensaba- mi primer trabajo es encontrar a la nieta del viejo, que bien puede estar ya criando malvas... Qué bien” Notaba como los ojos de la mujer clavaban su mirada en su nuca. Había decidido olvidar aquella noche, por lo menos durante el tiempo que pasara consciente; pero las pesadillas no las podía controlar, aunque quisiera. Lo que más le preocupaba era que hacía esa mujer en Nueva York si estaba buscando al “Samurai”, a lo mejor lo había seguido desde Chicago, y él era su cebo... Y la otra duda, quizá más grande que la

primera... Si dos asesinos se pelean a muerte, y yo soy un testigo, ¿Viviré para contarlo? No lo creía, “El Samurai” nunca había fallado con sus trabajos, por eso tenía tanta fama; y nunca dejaba testigos. Al parecer la “mediojapo” también era muy buena, aunque él nunca había oído hablar de una asesina mestiza. Se rió para sus adentros, le recordaba a “Mocasín”, un personaje que hacía Lucy Liu en la última película de Tarantino, llamada, “Kill Bill”, aunque había que reconocer que la chica que ahora mismo lo seguía por las escaleras era mucho más guapa que Lucy Liu. Para empezar era más alta, cosa que la hacía más atractiva, sus ojos verdes también llamaban la atención, y tenía menos pecas que Lucy...

“Aunque las pecas a Lucy Liu le quedan muy sexys... Quien pudiera cogerla” Jake había ido a ver la película el mismo día del estreno: el diez de Octubre, al poco tiempo de llegar a Nueva York. La película en sí no le hizo mucha gracia, creía que había demasiada sangre innecesaria. Le recordó mucho a las películas de animación japonesa que le gustaban al hijo de su hermana Sophie, de diecisiete años. Y aquella noche sucedió una cosa que le sorprendió y alivió muchísimo: substituyó las continuas pesadillas con la mujer asesina con un hermoso y acalorado sueño erótico con Lucy Liu de protagonista. Después se sintió un poco culpable, en los cuatro meses que llevaba en Nueva York no había conseguido que se le pusiera dura pensando en su mujer, nada. Ni siquiera conseguía disfrutar con la masturbación si el centro de sus pensamientos era ella. Aquello le preocupaba mucho, era como si aquella huída de Jimmy hubiera sido también un divorcio, como si el amor hacia ella se hubiera quedado en la habitación del hospital, o en la ducha de su cuñado. “¿Y porqué estoy pensando en todo esto? – se dijo- ¿Porqué?” No se dio cuenta que había hablado en voz alta hasta que la mujer que estaba a su espalda le contestó.

- Por que tienes miedo, porque tienes miedo de morir dentro de poco. Pero no te preocupes, si está en mi mano te protegeré.

No se lo creía, la misma mujer que estuvo a punto de matarle frente al bar de Marie le acababa de decir que lo protegería, que no iba a morir. ¿Acaso sabía ella del inminente encuentro con “el Samurai” y sabía que él tenía muchas posibilidades de palmarla? Otra voz lo sacó de sus pensamientos, esta vez era la voz sarcástica y socarrona de Puzzo, el cual se había parado y rebuscaba entre un manojito de llaves la única que podía abrir la puerta de su despacho, situado éste en la segunda planta del edificio del restaurante.

- Siempre pierdo la dichosa llave. Cuando cierro la puerta me digo, tiene éste detalle, tiene aquel... Pero cuando vuelvo y busco la llave para abrir la puerta lo que dije al salir se me ha olvidado... Cómo lo odio.
- ¿Porqué no deja la puerta cerrada pero sin llave? – Contestó Jake, intentaba quitarse de la cabeza cualquier cosa que no estuviera estrechamente relacionada con el trabajo que tenía que realizar ahora – Así no tendrías que buscarla, o separar la llave del manojito y ponerla en un llavero distinto.
- La primera idea estaría bien, pero aún no me fío de esta gente- señalaba con la cabeza a las otras oficinas que estaban en el piso: había contables, informáticos, un policía recogiendo un sobre. - esto es gordo, no como en Chicago. Y si mi intuición no me falla creo que por ahí hay algún agente del FBI infiltrado, no me gusta que revuelvan en mis cosas. Y la segunda... Recordaba algo por lo que no hacía falta separarla de las demás... algo relacionado con lo que te acabo de decir. Tengo una memoria muy mala.- Apoyó la mano que tenía el llavero con el montón de llaves en la pared, mientras que con la otra se acariciaba las sienes, como si aquel pequeño masaje le ayudara a recordar.

- La llave que estás buscando es la única de seguridad que tienes en ese llavero – dijo Kitano, que hasta ese momento había permanecido quieta y callada, observando a un administrativo contar un enorme fajo de billetes.- La puerta es medio blindada, de esas contra atraco y forcejeo, tiene cinco cierres, dos por la parte de las bisagras y tres por la parte de la cerradura. La puerta sólo puede ser abierta por una llave codificada y única, cuyas copias deben estar registradas en la tarjeta de seguridad que te regalan con la puerta. ¿Sabes ya cual es o tengo que ir a señalártela con el dedo? – Seguía en el mismo sitio, al principio de la escalera que bajaba, y seguía observando al administrativo, que cada vez notaba más que alguien lo observaba y cada vez se equivocaba más veces contando el mismo fajo de billetes que antes.

Puzzo observó el llavero, cogió la única llave de seguridad, la cual era totalmente diferente a las demás y consiguió abrir la puerta después de girar cinco veces la llave en su cerradura. “Pasad, pasad” Dijo, y observó divertido cómo a la mujer le costaba separar la vista del hombre que contaba el dinero; lo más gracioso era que ella no estaba mirando el montón de billetes que contaba el administrativo, sino al hombre en sí. A sus gafas, sus manos, sus orejas... Tardó cerca de un minuto en reaccionar y entrar tras Palucci y él mismo en el despacho, y cerrar la puerta tras de ella.

- Pensaba que el experto de seguridad eras tú, Palucci, me da que Kitano te supera en eso.- dijo Puzzo, con su tono socarrón característico más marcado incluso que normalmente.
- Si le puedo ser sincero, Puzzo, no estaba ni mirando sus llaves ni pensando cual podría abrir la cueva de los cuarenta ladrones. A lo mejor con “Ábrete sésamo” hubiera bastado. Probablemente Kitano me supere en muchísimas cosas, pero no soy quien para juzgarla ni para compararme con ella. – Le había molestado mucho el comentario de la

mano derecha de Cardone. Seguridad era lo único que había estudiado desde que salió del instituto. Después, al trabajar en otras cosas, lo había seguido manteniendo como un simple hobby. Observando las mejoras, los cambios, las actualizaciones... Podría ser un ignorante en muchos aspectos de la vida, pero la seguridad, las alarmas, las tarjetas, la informática, no era uno de ellos.

- Tienes razón Palucci, lo siento si te he ofendido. Sentáos por favor, esto no es tan suntuoso como el despacho del Don pero se está bastante cómodo. – Se sentaron en un sofá de dos plazas que estaba enfrente de una pizarra con pinta de haber sido recién comprada. A la derecha del sillón había un escritorio de contra chapado negro, lleno de papeles, un teléfono, y un marco colocado boca abajo. Las Sillas eran de tela, pero parecían mucho más cómodas que las del despacho de Cardone. Puzzo cogió un rotulador Vileda y se acercó a la pizarra de color verde.- Vaya, - se puso el rotulador en la boca y cogía la pizarra para darle la vuelta.- Sfe Fupone que Defefia hafefle dado la fuelfa anfes. Ya está. – Empezó a escribir nombres de familias en el lado izquierdo de la blanca pizarra, mientras en la parte superior derecha escribía la palabra “motivos” – Bien, dijiste antes que teníamos que pensar en qué motivos tenían cada una de las familias de las que sospechamos para secuestrar a la nieta de Cardone. Yo hace unos dos meses que estoy aquí, no es mucho pero puedo decir por ejemplo que los rusos se disputan desde hace unos años el control del puerto con los japoneses y con nosotros.
- ¿Pero usted cree que los rusos o los japoneses van a secuestrar o a matar a la nieta del jefe del consejo de la mafia italiana de nueva York por una simple disputa como ésa? A mí me parece más una venganza que un secuestro para conseguir algún beneficio. Además, también cabe la posibilidad de que no haya sido ninguna otra mafia.- Jake

estaba empezando a cogerle gustillo a esto, le recordaba a los juegos de lógica del dominical.

- ¿Te refieres a que puede ser alguien de una familia italiana? – La idea parecía no gustarle a Puzzo, se había puesto muy serio y observaba la pizarra con el ceño fruncido, segundos más tarde escribía en último lugar familias italianas.
- Puede ser tanto otra familia, como otra mafia, como un simple loco que ha ido a secuestrar a una niña sin saber que es la nieta de uno de los capos más importantes de Nueva York, ¿Me explico? ¿Cuánta gente desaparece al año de Nueva York? ¡En todo el país desaparecen casi 900.000 al año! ¿No se os ha ocurrido pensar en eso?
- A mi sí, sinceramente, el viejo no quiere ni oír hablar de eso. Escuchadme bien, sé de muy buena tinta que en Nueva York existe el llamado “Underground del sexo”, cambian todas las semanas de lugar y creo que en “La viuda Negra” pueden tener alguna información sobre cómo se llega. Sé que es un asunto muy difícil, va a ser muy duro, pero quiero asegurarme de que la pequeña Leonor no haya caído en manos de ninguno de esos locos. No le comentéis nada de esto al Don ¿Ok? No quiero que se preocupe por más cosas. Y aparte de cerrar esa línea de investigación, ¿Tenéis algo que opinar sobre las mafias sospechosas?
- Yo sí – dijo Kitano – o quitaría a más de una de la lista.
- A quien.
- Por ejemplo, a la Yakuza. Ellos no secuestran gente para conseguir algo, y menos niños. Si fueron ellos los que cogieron a la niña, no sería precisamente para mantenerla con vida, y lo harían como una venganza por la muerte de algún niño de su familia en vuestras manos o como aviso de una inminente guerra, y el cadáver de Leonor no tardaría tanto en aparecer. También los rusos, Tratchakov es un hombre de honor, si

hubiera secuestrado a la nieta de Cardone ya habría llamado para avisar. No significa que no le hicieran nada a la niña, probablemente aparecería desfigurada, eso con mucha suerte. Pero llamaría, seguro, en el momento de coger a la niña, para que doliera más... Se te olvida una, “La tríada” puede ser muy cabrona.

- Sí, bueno, has hecho un buen análisis del asunto. Podéis ir a hablar con La Tríada también. Hoy os podéis centrar en las mafias, simplemente ir y preguntar. Si han hecho algo, suelen hablar, lo que deberíais tener cuidado de con quien habláis. Sobre todo en la Yakuza, no tienen muy buen humor normalmente.
- No sé, - contestó Kitano, por un momento sintió la tensión acumulándose en su espalda, en un año había conseguido despistar a la Yakuza; no sabían que vivía en Nueva York y eso era algo muy bueno, pero... ¿Y ahora?- como Cardone sabe, yo no me relaciono con la Yakuza, con lo que esa parte del trabajo la tendrá que hacer Palucci sólo.
- ¿Cómo? No, no, no, me da igual lo que sepa mi tío, y me da igual las razones que tengas. Pero tú vas a hablar con los Yakuza junto con Palucci.
- Lo siento pero no puedo. Pondría en peligro a Cardone, a Palucci, e incluso a usted. Y por supuesto pondría en peligro a la niña, que no tiene culpa de nada.
- Espera – se acercó a la mesa y descolgó el teléfono, marcó lo que a Kitano le parecieron tres números y esperó – Cardone, siento molestarte pero dice la japonesa que no quiere hablar con la Yakuza bajo ningún concepto. Pero tío, si no va ella ¿quién...? ¿Yo? Venga ya hombre, no sé ni una palabra de japonés ni sé como comportarme ¿Qué? Mierda... Si, lo siento, adiós.- Miró con rabia contenida a Hanako, se sentó en una de las sillas y observó – Bien, al jefe dice que vaya yo con Palucci, que desde que trabajas con él la única condición que pides, a parte del dinero, es no tener que relacionarte con

ningún miembro de la Yakuza que no vaya a morir, así que... Bueno, todos huimos de algo, ¿No crees?

- Supongo, la mayoría de las personas no somos capaces de enfrentarnos a nuestros miedos, a las sombras de nuestro pasado, simplemente corremos hacia lugares más cálidos y soleados. Es lo que diferencia a los mortales de los héroes y los dioses. Ellos son capaces de luchar contra el mayor miedo, contra la sombra más grande. Lo que hace la mayoría de las personas no es honorable, más vale morir enfrentándose al más nimio de tus temores que vivir huyendo siempre.
- Uy, que filosófica te has puesto de repente Kitano. Eso de dónde es ¿de tu país?
- A mí me parece muy hermoso – dijo Palucci – y en parte tiene razón. Pero, ¿de qué sirve morir frente al miedo más pequeño, si no eres capaz de superarlo? ¿No es mejor morir frente al mayor miedo? Por lo menos tu conciencia sabría que has muerto luchando contra lo más poderoso.
- En contra de lo que piensan y creen los occidentales; la mayoría de las culturas del Este, sobre todo en el país del Sol Naciente, se cree que el alma se reencarna, y nace en un cuerpo diferente según si has vivido atendiendo a tu karma o sino. Con este pensamiento a la mayoría de los japoneses no les importaba morir, pues volverían al mundo un poco más sabios que antes. Es más fácil ir enfrentándose a los miedos uno a uno, muriendo si es necesario en cada enfrentamiento. Por que el hecho de, cómo dirían ustedes, “plantarles cara” ya supone una superación del temor. Si te enfrentas directamente con tu mayor miedo, no podrás superarlo, porque no serás capaz de enfrentarte a él. ¿Me entiendes?
- Bueno, ya vale- cortó Puzzo- Tenéis que ponerlos a trabajar ya. Esta noche quedaremos en esta dirección – dijo entregándole a Kitano una tarjeta con la dirección de un piso en

la novena Avenida.- sobre las diez, para que me digáis las últimas noticias y nos enseñes a cómo debemos actuar para ser educados con la Yakuza. ¿Okey?

- Sí, - dijo Kitano con tono molesto – pero tenemos que hablar del asunto del pago. Como siempre, mitad ahora y mitad al final del trabajo. En una caja de langostinos congelados a la dirección de siempre, Cardone ya sabe cual es. Ahora, ¿cuánto me pagarán?
- Cardone me ha dicho que cincuenta mil, diez mil más si consigues encontrar a la niña con vida y traer al culpable. La mitad estará ya en la consigna de tu portal. Y ahora, a trabajar.